

Llamado por el emperador Otón I con otros grandes del Imperio para asuntos imperiales «un día, por haber querido oír dos misas, llegó tarde a la asamblea. El emperador como los demás príncipes, sentidos de aquella tardanza, resolvieron desairarle, para que conociese su ofensión, no levantándose al tiempo de entrar en la sala. Pero luego que se dejó ver en ella, fueron de muy distinto parecer, porque le vieron venir en medio de dos ángeles, que llevaban delante de él una cruz de oro. Y no solo se levantó el Emperador de su trono imperial, sino que se adelantó algunos pasos para recibirle, y le hizo ocupar el primer asiento inmediato al mismo trono. Todos los demás príncipes le rindieron grandes honores, y deseoso el Emperador de darle gusto, le regaló varias reliquias.

(*Año cristiano y Leyenda de Oro*, 28 de septiembre).

33. – *San Gerardo, Abad*, (988). Era señor de Flandes, a la sazón, el marqués de Arnulfo, hombre poderoso y rico, pero muy atormentado del dolor de piedra, para el cual no hallaba remedio. Parecióle que la salud le había de venir del cielo y que San Gerardo con sus oraciones se la podría alcanzar de Dios. Rogóle insistentemente que le librase de aquel tormento

cruel y perpetua agonía. Excusóse el Santo diciendo no era digno de tan grandes favores del Señor. Como Arnulfo le importunase, San Gerardo le aconsejó repartiase con los pobres sus grandes riquezas, y que ayunase tres días, y se confesase y comulgase; porque de esta manera granjearía la voluntad del Señor, en el cual esperaba que le oiría y le concedería entera salud. Todo lo hizo el marqués como el Santo se lo dijo; y en acabando San Gerardo de decir misa y él de recibir de su mano el santísimo Cuerpo de Nuestro Señor, echó la piedra que tanto le fatigaba y cobró milagrosamente la salud. Ofreció grandes dones y mucha cantidad de oro y plata Arnulfo a San Gerardo; pero él no quiso aceptar para sí nada, porque decía que el monje que en la tierra tiene peculio no tiene parte en el cielo ni se puede llamar religioso.

(*Leyenda de Oro*, 13-X).

34. – *San Udalrico, Obispo*. (883-963). San Udalrico, Obispo de Augusta, «decía misa con admirable devoción y ternura, y un día, estando ocupado en este sagrado ministerio, al tiempo que extendía la mano para tomar la Hostia y consagrarla, fue vista de los que estaban presentes otra mano, que venía del cielo y se juntaba con la del santo Obispo para ayu-

darla a hacer aquella divina consagración». (*Leyenda de Oro*, 4 de Julio).

35. – *San Eduardo, Rey de Inglaterra (1004-1066)*. San Eduardo tuvo grandes dificultades y muchas disensiones y falta de paz antes de ser Rey. Disensiones de su misma patria y guerras de otra nación. Cuando le nombraron Rey pidió al Señor reinar para su gloria y que le diera la paz. Dios se la concedió. «Un día del Espíritu Santo estando oyendo misa, al alzar la Hostia, tuvo revelación de que el Rey de Dacia (Dinamarca), preparaba un grande ejército y una poderosa armada para acometer Inglaterra y al subir del esquife a una nave, cuando revisaba la armada, cayó al mar y se ahogó y se desistió de hacerle la guerra, y se alegró y se sonrió, y después de la misa declaró la revelación que había tenido, porque los que estaban presentes, viéndole con aquella nueva y extraordinaria alegría, le preguntaron la causa de ella. Notaron el tiempo y la hora y se comprobó la verdad de lo que el Santo Rey había dicho y el reino tuvo todo el tiempo que vivió el Rey, mucha paz y quietud, como lo había pedido».

(*Leyenda de Oro*, 5-I). ,

36. – *San Bernardo (1090-1156) con el Santísimo, convierte al Conde Guillermo.* Viendo (San Bernardo) la obstinación del Conde (Guillermo)... fue a la iglesia, dijo misa, tomó el Santísimo Sacramento sobre una patena en las manos y salió al Conde que por estar descomulgado no podía entrar en la iglesia, y estaba a la puerta; y con el rostro encendido, que echaba llamas, y con los ojos centelleando, y con una voz terrible y espantosa, le habló de esta manera: «Nosotros te hemos rogado y tú nos has menospreciado. Todos estos siervos de Dios te han suplicado, y tú no has hecho caso de ellos; he aquí el Hijo de la Virgen, Cabeza y Señor de la Iglesia que tú persigues, viene a tu presencia. Este es tu juez, a cuyas manos ha de venir tu alma. Veamos si harás caso de El, si le volverás las espaldas como las has vuelto a nosotros». A estas palabras tembló el Conde, cayó en el suelo, y levantándose tornó a caer sin poder hablar, echando salivas y espumaraños por la boca y espantado y atónito. Finalmente, hizo todo lo que el Santo le mandó.

Después se hizo religioso y murió santamente.

(*Leyenda de Oro*, 20 de Agosto).

37. – *San Hugón, Obispo. (¿1200?).* San Hugón, de familia noble, fue primero Canónigo

Regular. Viendo la santidad de los Cartujos, se trasladó a los Cartujos, de quienes fue Superior en La Gran Cartuja y atrajo muchas vocaciones. Contra su voluntad le obligaron a ser Obispo de Linconia-Escocia, y siendo Obispo, «En el decir misa era devotísimo y muy regalado del Señor, el cual muchas veces se le apareció en figura de un hermosísimo Niño cuando celebraba. Estaba tan firme en la fe del sacrosanto sacrificio de la misa y en creer que debajo las especies sacramentales está el verdadero Cuerpo y la verdadera Sangre de Cristo Nuestro Señor, habiendo sucedido en su tiempo, que diciendo misa un sacerdote, al frangir de la hostia, salió sangre de ella, y diciéndole que la fuera a ver, nunca quiso, antes respondió que él no necesitaba de aquellas señales para creer lo que creía. Cada año, a lo menos una vez se iba a su convento antigua de La Cartuja para recogerse como a su refugio».

(*Leyenda de Oro*, 17 de noviembre).

38. – *San Inocencio III, Papa. (1160-1218) y San Juan de Mata.* Para asegurar más el acierto en la aprobación de la Orden de la Santísima Trinidad, que le pedía en Roma San Juan de Mata, «mandó ayunar tres días en Roma y ofrecer muchas oraciones y sacrificios para implorar la luz del Señor. El mismo Sumo Pontí-

fice celebró públicamente a este fin en la iglesia de San Juan de Letrán día de la octava de la virgen y mártir Santa Inés, y al levantar la Hostia vio un Angel vestido de blanco con la cruz carmesí y celeste, cruzados los brazos sobre dos cautivos, uno moro y otro cristiano. Quedó suspenso por un rato con la admiración, y acordándose de la visión que le había contado haber visto San Juan de Mata en París, la cual era en todo semejante a ésta, entendió que era la voluntad de Dios aprobase aquel Instituto para redimir los cautivos. Acabada la misa llamó a los dos anacoretas (San Félix de Valois y San Juan de Mata) y les declaró la visión que había tenido, y cómo Dios se mostraba el autor de aquel nuevo Orden y el día 2 de Febrero de 1117 vistió el hábito a los Santos Patriarcas, declarando que el color blanco representaba al Padre, el celeste de la cruz al Hijo y el rojo al Espíritu Santo».

(Leyenda de Oro, 20 de Noviembre).

39. – *Santo Domingo de Guzmán, Fundador (1170-1221).* «Declaró (Jordán), haberle ayudado alguna vez en la celebración de la misa, y miraba con mucha atención su rostro, y se fijaba y veía correr las lágrimas por su cara en tanta cantidad, que una no esperaba a la otra». Y Fray Frugerio declaró: «que habiéndole oído

decir muchas misas... nunca oyó alguna que no derramase lágrimas.»

Cómo resucitó un muerto. Un joven cayó del caballo y quedó muerto. Era sobrino de un Cardenal, que se desmayó al saber la noticia. Santo Domingo atendió al Cardenal y a continuación dijo Santo Domingo le preparasen lo necesario para decir misa. «Al llegar el momento de elevar el Cuerpo de Cristo, mientras lo levantaba en alto con sus manos, según costumbre,... con asombro y estupefacción de todos los que le veían, se elevó de la tierra a la altura de un codo. Terminada la misa, acudió en compañía de los Cardenales y de todos los que allí se hallaban, y de la abadesa con sus monjas, al lugar donde yacía el cadáver. Cuando se halló junto al difunto, compuso con sus manos santísimas todos los miembros dislocados y desgarrados, desde la cabeza hasta los pies, y después se postró en oración con grandes sollozos junto al féretro. Haciendo esto por tres veces, y después de arreglar el rostro y volver a sus lugares otros miembros, se levantó, hizo sobre él la señal de la cruz, y, de pie, junto a la cabeza del difunto, y despegándose de la tierra por divina virtud más de un codo, exclamó con poderosa voz: «Oh adolescente Napoleón, yo te digo en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que te levantes». Y, al punto, a la vista de todos los que habían acudido a tan ad-

mirable hecho, se levantó sano e incólume y dijo al bienaventurado Domingo: «Padre, dame de comer». El bienaventurado Domingo le proporcionó comida y bebida y, sano y contento, sin rastro de lesión alguna en su cuerpo, lo devolvió a su tío (el Cardenal).

El cadáver estuvo yacente desde el punto de la mañana hasta las tres de la tarde. «Este prodigio tan extraordinario... lo contó Sor Cecilia, que estuvo presente a todos estos sucesos y todo lo percibió con sus oídos y lo escudriñó con su mirada».

(*Domingo de Guzmán* «Historia documentada». P. Venancio Diego Carro, Cpl. V).

40. – *San Juan de Mata (1116-1213)*. Fue San Juan de Mata fundador de los Trinitarios por inspiración de Dios en su primera misa, y después de la vida santa que llevó en la soledad con San Félix de Valois, y de la aparición del ciervo.

«Quiso Dios acompañar con prodigios no solo el acto de su ordenación, dejándose ver sobre la cabeza del Santo una columna de fuego al mismo tiempo que el Obispo le imponía las manos, sino también en su primera misa... Al elevar la Hostia vio un Angel en figura sagrada de un hermosísimo joven vestido de blanco, una cruz roja y azul en el pecho, con

las manos cruzadas o trocadas sobre dos cautivos de diferentes religión cargados de cadenas, en ademán de quien quería trocar uno por otro. Quedó por algún tiempo inmóvil, fijos los ojos en este celestial objeto. Como el éxtasis fue tan visible, y duró bastante rato, no pudo hacer misterio de él a los Prelados».

Celebraba esta su primera misa en presencia del Obispo de París, de los Abades de San Víctor, del Rector de la Universidad y de casi todo el claustro de la Universidad.

Después de esta visión en su primera misa, fue a la soledad y convivió con San Félix de Valois y fundaron la Orden de Trinitarios. (*Año Cristiano y Leyenda de Oro*, 8 de febrero).

41. – *El Milagro de Bolsena (1263)*. Muy divulgado está el que llamamos Milagro de Bolsena. «Corría el año 1263, cuando un sacerdote alemán llamado Pedro de Praga, aquejado de tenaces dudas sobre la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, como consecuencia del clima que habían creado las herejías sobre este sacramento, decidió marchar a Roma para, postrándose ante la tumba de San Pedro, recabar del cielo la fe que necesitaba. En el camino tuvo que pernoctar en la localidad de Bolsena, a orillas del lago de su mismo nom-

bre. A la mañana siguiente ofició la santa misa. La duda le oprimía el corazón. Al partir la Sagrada Forma consagrada, brotó súbitamente de ella tal cantidad de sangre, que cayó sobre el cáliz y se desbordó a los corporales. El sacerdote, tembloroso, quiso sujetar los borbotones de sangre humana con sus manos. Todo en vano. Corporales, sabanillas, manos del celebrante, todo quedó empapado en sangre. El sacerdote Pedro de Praga se movía sin ton ni son como enloquecido; se bajó del altar, sin saber qué hacer y unas cuantas gotas que llevaba en las manos, cayeron sobre las piedras del piso.

Pronto corrió la voz y acudió el pueblo en masa que contempló el prodigio. No tuvo necesidad de seguir viaje a Roma el feliz sacerdote. Sus dudas habían desaparecido ante tal evidencia.

El Papa Urbano IV estaba en Orvieto a 30 kilómetros de Bolsena y no tardó en iniciar un expediente de comprobación de este prodigio. Vio los corporales y sabanillas del altar llenos de sangre casi fresca; comprobó también las manchas del suelo. Recabó información del sacerdote celebrante, de los clérigos que allí se hallaban, de los testigos del hecho. Cuando la evidencia del milagro fue patente, lleno de gratitud y de fervor, estableció con carácter universal la Fiesta del Cuerpo de Cristo. Tiene,

pues, esta fiesta nada menos que siete siglos de antigüedad..

Los corporales y sabanillas se conservan en la catedral de Bolsena, donde también se conservan las gotas de sangre en el pavimento,... debidamente protegidas. Posteriores análisis han dado siempre sangre humana.

Por encargo del Papa, examinaron este milagro Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura.

(*Sol de Fátima* nro. 83, Mayo-Junio 1982. *Nuevo catecismo Español en ejemplos*, por el P. Ramón de J. Muñana, nro. 3, 986).

42. – *San Luis (1214-1270) o el Conde de Montfort*. Muy firme y arraigada y admirada fue la fe y virtud de San Luis, rey de Francia, «al Santísimo Sacramento. Una vez en París, apareció un Niño hermosísimo en la Hostia, diciendo un sacerdote misa, y concurriendo el pueblo a verle, el Santo nunca quiso ir diciendo que él no tenía necesidad de aquel milagro para creer que Jesucristo estaba en la Hostia consagrada».

(*La Leyenda de Oro*, 25 de Agosto).

Joinville, historiador de la vida de San Luis: «atribuye este hecho al piadoso Conde de Montfort, según dicho del mismo Rey. El mis-

mo Rey me contó, dice, que muchos albigenes vinieron al Conde de Montfort diciendo: Venid y veréis el Cuerpo de Nuestro Señor, que se ha convertido en carne y sangre en las manos del sacerdote. Entonces les respondió: Vosotros que no creéis id y vedlo. Yo, por mi parte, creo firmemente lo que la Santa Iglesia propone, y creyéndolo, ganaré para el cielo una corona más gloriosa que la de los Angeles, que le contemplan cara a cara.»

(*Nuevo Catecismo Español en ejemplos* nro. 4007 por Ramón J. de Muñana).

43. – *San Buenaventura, franciscano* (1221-1274). Muy conocido es el seráfico fervor de San Buenaventura y por su ciencia es declarado Doctor de la Iglesia.

«Considerando el Santo la soberana majestad de Dios, que está en el Santo Sacramento del Altar, y su propia y gran vileza, y temiendo que no recibía al Señor con la disposición y preparación que convenía, estuvo muchos días sin llegarse al altar, y un día, oyendo misa, al tiempo que el sacerdote partía la Hostia, una parte de ella se vino a él, y se le puso en la boca; ya haciendo gracias al Señor por este tan incomparable beneficio, entendió que con él, le quería enseñar que gusta más Dios de los que con amor y entrañable afecto se llegan a El

y le reciben, que no los que por temor se apartan y dejan de conversar con su Criador, que tan benignamente los ama y los busca.»
(*Leyenda de Oro*, 14 de Julio).

44. – *Santo Tomás de Aquino, Dominico, Doctor Angélico. (1225-1275).* Santo Tomás es la admiración y el milagro de la santidad y de la ciencia. Su oficio del Santísimo es una maravilla de amor y de ciencia, su corazón y su fe. Su vida fue toda esta maravilla de amor, ciencia y santidad.

«El 26 de marzo de 1273, dominica de Pasión..., durante la celebración de su misa, a la que asistían muchos señores y caballeros, sufrió un éxtasis acompañado de tantas lágrimas, que parecía se reproducían en él las penas del mismo Cristo, y tan prolongado que hubieron de sacudirlo fuertemente para que volviese en sí y continuase el santo sacrificio. Terminado éste... se le acercaron algunos... deseosos de saber lo que había pasado... Pero no les dijo nada de lo que había visto y experimentado.

... Al tratar (escribir) de la Eucaristía, solía bajar a la iglesia cuando no había nadie en ella, es decir, por la noche antes de Maitines. Allí en la Capilla de San Nicolás, se postraba en oración y pasaba largas horas de rodillas ante el crucifijo... El día de San Nicolás cele-

bra en su capilla con especial devoción. Ha tenido un arrobamiento muy prolongado y ha derramado muchas lágrimas. Está como fuera de sí. Oye otra misa, como de costumbre, pero no ayuda a ella. Quieto, de rodillas, no hace más que llorar.

En su celda está de rodillas y sus ojos son dos fuentes de lágrimas. ¿Qué le pasa?, pregunta fray Reginaldo (su amanuense). ¿No quiere que continuemos trabajando en la *Suma*? Hijo, no puedo, le contesta. Al día siguiente continúa lo mismo como fuera de sí; y ese estado se prolonga un día y otro... A la insistencia de Fray Reginaldo... le respondía invariablemente: no puedo. ¿Y por qué no puede? le replicaba aquel. Hasta que una vez, cansado de no obtener respuesta a esta su réplica, le suplicó con lágrimas en los ojos: «Dígame por amor de Dios porqué no puede. Al verse conjurado por el nombre de Dios, le contestó: Después de lo que el Señor se dignó revelarme el día de San Nicolás, me parece todo paja cuanto he escrito en mi vida, y por esto no puedo escribir ya más. Pero, en nombre del mismo Dios que has invocado, te ruego y mando que no digas a nadie mientras yo viva lo que acabo de manifestarte.»

(Síntesis biográfica de Santo Tomás, Introducción a sus obras por el P. Santiago Ramírez, 15).

El Santísimo Sacramento era su devoción favorita. Celebraba todos los días a primera hora de la mañana, y luego oía otra misa o dos, a las que servía con frecuencia... Durante la misa, sobre todo al acercarse la comunión, sus ojos era dos fuentes de lágrimas.

45. — *Narración de Alfonso el Sabio (1241-1284)*. «Entre el pueblo sencillo no faltaban quienes procuraban oír cuantas misas les era posible. Y sobre esta costumbre corrían tradiciones y relatos milagrosos, como aquel que nos cuenta Alfonso el Sabio y dramatizó Calderón en su Auto Sacramental, *La Devoción de la Misa*. Trátase de un caballero, del Conde Garci Fernández de Castilla, que antes de la batalla entró por devoción en la iglesia de un monasterio y oyó una misa, pero antes de acabarse salió otro monje a celebrar, y luego otro, y otro, hasta ocho. El buen caballero “por guardar su costumbre, no quiso salir de la iglesia y estuvo hasta que todas las ocho misas fueron acabadas; y siempre estuvo armado y los ojos fijados en el altar”. Y entre tanto misterio, batallaba el Conde con los moros. Pero Dios hizo que un caballero misterioso tomase la figura del que se hallaba oyendo misa y luchase tan bravamente, que a él le correspondiese la parte principal de la victoria.» (*García Villada, Historia de la Iglesia*).

46. – *Santa Gertrudis la Magna, Religiosa Cisterciense. (1250-1303). Ofrecida en la misa.* «Mientras el sacerdote ofrecía la sagrada Hostia en la santa misa, ella presentó también a Dios esta misma hostia en reparación de sus pecados y para suplir todas sus negligencias. Entonces le fue revelado que su alma, ofrecida a la divina Majestad, había sido aceptada con la misma complacencia con que lo había sido Jesucristo, esplendor e imagen del Padre y Cordero sin mancha, al inmolarse en aquel mismo instante sobre el altar por la salvación del mundo. Dios Padre la veía inmaculada y limpia de todo pecado a través de la inocentísima humanidad de Jesucristo, y, por medio de su perfectísima divinidad, la hallaba adornada con todas las virtudes.

La Santa dio luego gracias al Señor, que la colmaba de sus favores, mereciendo por ello recibir todavía una nueva luz. Por ella supo que, cada vez que una persona asiste con devoción a la santa misa, uniéndose con Jesucristo, que se inmola a Sí mismo para rescatar el mundo, Dios Padre la contempla con la misma complacencia que a la sagrada Hostia. Esta alma se torna entonces resplandeciente y luminosa, como una persona que, al salir de las tinieblas, se ve súbitamente iluminada por los rayos del sol».

(Revelaciones de Santa Gertrudis, lib. III, cpl. XVIII, prf.4º).

47. – *La Beata Angela de Foligno y los Angeles (1255-1309)*. Muy extraordinaria en recibir mercedes místicas fue la Beata Angela de Foligno, y muchas recibió directamente de la Eucaristía. Narra una de ellas de esta manera:

«Ama; todo el bien está en Ti, oh Dios, y vas a recibir todo el bien, alma mía, la decía al ir a comulgar...

Y antes de entrar dentro del corazón para comulgar se me dijo: Ahora está en el altar el Hijo de Dios según la humanidad y según la divinidad y está acompañado de multitud de Angeles. Y como sentía gran deseo de verle con los Angeles, como se me había dicho, luego se me mostró esta belleza y plenitud. Y cuando me acerqué delante del altar, vi una imagen de Dios y me dijo: Así estarás tú delante de El en el cielo...

Y en dicho día tuve un tan elevado y claro conocimiento de cómo venía Cristo al Sacramento del Altar como nunca lo había tenido antes ni después, que me fuera tan claramente presentado.

Y me fue mostrado cómo Cristo venía con esta compañía. Y yo me deleité con Cristo y con esta compañía como no suelo deleitarme, sino solo con Cristo. Y yo me maravillé cómo podía con El y con la compañía; y se me dijo esta compañía era una tropa o un ejército tan numeroso, que si yo supiera que Dios hace to-

das las cosas con medida, hubiera juzgado que esta compañía era nombre sin medida, o sea innumerable...

Se la preguntó: puesto que era un ejército, ¿qué extensión y qué largura tenía en su modo? Y ella respondió: que no tenía medida en la extensión ni en la largura, pues era inefable e innumerable».

(Soeur Angele de Foligne du Tiers Ordre de S. Francois. Documents originaux edites at traduit par la Père Paul Doneseur. París MCMXXVI. Pgs. 130-170).

48. – *San Lorenzo Justiniano y la comunión. (1385-1453).* San Lorenzo Justiniano una vez diciendo misa la noche de Navidad, después de la consagración... quedó como elevado y abortó un gran rato, y, como el ministro que le asistía algunas veces le hiciese señal para que prosiguiese la misa, y él se estuviese sin moverse y como muerto, tiróle fuertemente de la casulla, y entonces, como quien despierta de un dulce sueño, se volvió a él y le dijo: «Ya voy adelante con la misa, hermano, pero, ¿qué haremos de este Niño tan hermoso? ¿Cómo le dejaremos solo y desnudo, tiritando de frío?»

En el convento de monjas de la ciudad de Venecia, había una de grande perfección y santidad... Esta, el día del Santísimo Sacra-

mento, deseó mucho comulgar, y no pudo; envió a suplicar al Santo Obispo, que ya que no merecía aquel día gozar de los abrazos y comunicación de su dulce Esposo, le suplicaba que en su misa se acordase de ella. Prometiéndoselo el bienaventurado Justiniano, y diciéndolo misa delante del pueblo, habiendo levantado la Hostia, quedó enajenado y como fuera de sí, y el Espíritu del Señor le llevó a la celda de aquella virgen sagrada, que estaba puesta en una profunda contemplación y con encendido deseo de comulgar, y la comulgó, y no por esto el cuerpo se apartó del altar; pero volviendo en sí, acabó su misa. Procuró... no se supiese». (*Leyenda de Oro*, 8 de Enero).

49. – *Beato Nuño, Carmelita. (1360-1431).* Nuño Alvarez, nacido en Bomjardí, en Portugal, de un alto militar, es admirado en su nación como lo es Cid en España, por sus triunfos militares y alcanzó la libertad para su nación. Le denominaban con el sobrenombre del Glorioso Libertador por sus triunfos y sus virtudes, y el Santo Condestable.

Era devotísimo de la Eucaristía y en ella confía en sus batallas, y después en la Virgen a quien levantó una iglesia y convento bajo el titular del Carmen a donde se retiró e hizo religioso en 1322 como Hermano lego, después de

haber vencido en cien victorias y ser admirado como el héroe nacional, y de toda su vida heroicamente santo, en la misma corte.

En la Eucaristía tenía su confianza para las victorias de la guerra y solía decir: «Quien quiera verme vencido en las batallas, que me aleje de este sagrado convite, en el cual Dios mismo, pan de los fuertes, vigoriza los hombres, porque yo fortalecido con este manjar me revisto de ánimo y valor necesarios para vencer al enemigo». Su entierro y exequias fueron solemnísimas asistiendo el Rey, familia real y todo lo grande de la corte.

(Su Vida y *P. Dámaso de la Presentación e Isabel Flores de Lemus*).

50. — *San Juan de Sahagún ve a Jesús Niño en la misa. (1419-1479)*. Fue San Juan de Sahagún sacerdote fervoroso y celoso, primero en Burgos. Más tarde sacerdote santo, predicador de la paz en Salamanca y a los cuarenta y cuatro años entró en los Agustinos ermitaños de esta misma ciudad. Siempre muy celoso predicador de la paz y contra los bandos. Siempre muy santo.

«Todos los días celebraba con tanta ternura y devoción que, empleando muchas horas en la misa, llegó el caso de no haber quien le ayudase, y de mandarle por obediencia el supe-

rior, que abreviara para no ser molesto a los oyentes. Obedeció Juan por algún tiempo; pero conociendo que se le privaba de muchos consuelos celestiales, que mientras la acción del sacrificio le comunicaba el Señor, suplicó humildemente al prior que le alzase el precepto por justas causas. Obligóle el Prior a declararlas, y lleno de una santa confusión le dijo ser porque Jesucristo en carne humana se le manifestaba visiblemente en aquel acto, unas veces con señales de su pasión, y otras glorioso, enseñándole varios misterios e instruyéndole sobre lo que había de predicar. Oyó lleno de asombro el prelado la genuina y sencilla relación de nuestro santo, y ordenó que en adelante le asistiesen los ministros de la sacristía, los cuales observaron admirados, que unas veces se quedaba en el altar extático y en una agradable suspensión, otras entre ciertas graciosas inquietudes despedía muchos suspiros y sollozos de lo íntimo del corazón, y muy frecuentemente que regaba con tiernas lágrimas los corporales y la mesa del altar.

Por disposición de una persona fidedigna consta que aplicándose un día a mirarle de cerca, le oyó decir, teniendo en sus manos la Hostia antes de comulgar, y permaneciendo en la misma postura por espacio de un cuarto de hora: *«Señor, yo no te puedo recibir si no te vuelves a la primera especie eucarística»*. Las

mismas expresiones repitió en otra ocasión que decía misa a presencia de una gran multitud; y en no pocas otras, todo el concurso observó que salían de su boca brillantes resplandores, indicios nada equívocos del grande fuego de amor de Dios que ardía en su pecho; y que al volverse a saludar al pueblo resplandecía la casulla como una nieve, aunque fuese de distintos colores»...

«Al tiempo de consumir la sagrada Hostia, se dejaba ver Jesucristo con su cuerpo glorioso, despidiendo de todo él, y principalmente de las llagas, tan grandes resplandores que ofuscarían la vista mortal si el mismo Dios no la fortaleciese con su omnipotencia. Al mismo tiempo entendía el Santo cosas divinas y maravillosas de los sacrosantos misterios. Por esta causa sentía en su alma tan excelentes dulzuras, que se enajenaba de sí.»

(Año Cristiano, día 12 de Junio).

51. – *Santo Tomás de Villanueva. (1488-1555).* Después de celebrada su primera misa, «siempre que celebraba al decir Gloria in excelsis Deo, y después en el Prefacio Per Incarnati Verbi misterium, no podía contener las lágrimas, y no pocas veces quedaba su cuerpo inmóvil y el espíritu era arrebatado a Dios Nuestro Señor. Algunas veces al acabar la

misa, fue visto su rostro como el de Moisés de manera que no podían mirarle a la cara». (*Leyenda de Oro*, 18 de Septiembre).

52. – *San Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús. (1491-1556)*. Vida bien admirable y apostólica. «Estando oyendo misa el primer año de su conversión, vio clarísimamente cuando alzaban, cómo estaba en la Hostia Cristo Señor Nuestro...

...Abrasábase con tan grandes ardores de amor de Dios mientras decía misa y oraba, que por todas partes del cuerpo parecía que ardía, y el rostro se le encendía y ponía tan colorado como grana; las venas sobresalían, el corazón le daba golpes en el pecho y, a veces, se le erizaba el cabello».

(*Leyenda de Oro*, 31 de Julio).

«Las dulces lágrimas que derramaba, se las hacía derramar a todos los asistentes. Todos creían ver en el altar un serafín».

(*Año Cristiano*, 31 de Julio).

53. – *San Pedro de Alcántara (1499-1562)*. Se preparaba para celebrar la santa misa con una fervorosa oración desde las doce de la noche alternado este ejercicio con crueles disciplinas.

Celebraba derramando dulces lágrimas, y muchas veces se le vio bañado de resplandores, levantado en alto y tan endiosado, que parecía un serafín. Así estuvo levantado por espacio de más de tres horas, envuelto su rostro en clarísima luz, celebrando la santa misa en el convento de Santa Ana, de Avila. En cualquier lugar donde estuviera acudía muchedumbre de gente para verle celebrar. Acabada la misa le vieron alguna vez ir rápidamente a su celda sin que sus pies tocasen en el suelo, para dar allí gracias a Dios.

«Santa Teresa en el convento de la Encarnación (Avila), diciendo misa este Santo, vio que le ayudaban como Diácono y Subdiácono San Francisco y San Antonio».

(Retablo de Carmelitas por Dña. María Pinel, I, pg. 46).

Según otra relación lo vio cuando San Pedro de Alcántara le daba la comunión.

En su vida se narra cómo estando en la huerta de un vuelo, como si fuera ágil pajarito, se fue hasta el Sagrario.

54. – *San Juan de Avila en la misa. (1497-1569).* Fue San Juan de Avila, extraordinario predicador de la Eucaristía, como era extraordinaria su devoción. «En especial era raro

el respeto y sumisión en elevar la Hostia». «Tardaba de ordinario dos horas en la misa, y al decir el *Domine Jesu Christe*, antes de consumir, era mayor la avenida de lágrimas, los afectos y ternuras». El Padre Alonso Fernández, su discípulo, declaró que le oyó una vez una misa en Montilla, dicha con tan notable devoción, que duró tres horas, que vio durante ella unas luces extraordinarias y que, al terminar, los manteles estaban tan empapados en lágrimas, «que se pudieran torcer»...

Y cuando iba al lugar donde había de celebrar la Santa Misa, para más enfervorizarse, se repetía en voz queda a sí mismo: «Ahora voy a consagrar al Hijo de Dios, a tenerlo en mis manos, a hablar y conversar con El, a recibirle en mi pecho».

(*Vida del Beato Juan de Avila* por Laureano Castán, Cpl. VI).

55. – *Beato Nicolás Factor, franciscano. (1520-1583)*. Nacido en Valencia. Allí entró religioso a los 17 años. Además de las lenguas sabias, tenía mucha gracia para cantar y tocar varios instrumentos. Pero ya entraba santo. Preparaba sus sermones sin libros diciendo a Dios: «Hablad, Señor, que vuestro siervo está aquí escuchándoos». Y eran fuego irresistible de amor, quedando en éxtasis con frecuencia

predicando. Así convertía y enfervorizaba las almas.

«No solo predicando, sino en todas ocasiones, gozaba el Siervo de Dios de estas delicias divinas, (los éxtasis). Por muchos años eran casi todos los días... celebrando el divino sacrificio, dando la comunión a los fieles, en las públicas procesiones... en todo lugar, tiempo y ocasión... En una de las veces que quedó extático, dando la comunión a los fieles y teniendo el copón en la mano, estando así inmóvil, repararon los presentes que las sagradas formas saltaban del copón a los dedos del siervo de Dios...

«Celebrando la santa misa, vio muchas veces a Jesucristo en la Hostia consagrada, y cuando la tenía en las manos, ordinariamente no percibía el tacto de las especies sacramentales, sino de una carne tiernísima. También se le aparecieron varias veces la Virgen Santísima, de quien era devotísimo, San Francisco, San Vicente Ferrer, San Luis Beltrán y otros Santos de su particular devoción.» El 23 de diciembre cerró sus ojos y diciendo: «Jesús, creo», plácidamente expiró. Un día al revestirse para celebrar la misa en Tarragona, le daba el cingulo como monaguillo San Francisco de Asís, y Santo Domingo le ponía la casulla. La Virgen le mandó ir a decir la Misa.
(*Leyenda de Oro*, 5 de Marzo).

56. — *San Juan de la Cruz. (1542-1591). Dios se le comunica en la misa.* «Vi al Padre Fray Juan de la Cruz, religioso nuestro, (Carmelita), en este convento (de Caravaca), decir misa. Y se detuvo mucho entre el cáliz y la Hostia postrera hasta el consumir, y, acabada la misa, vio esta testigo que le dijo una religiosa, que le había mirado con harta detención: ¿Qué ha sido esto, Padre? ¿Cómo ha estado tanto? Más, ¿y si le dijese yo lo que ha pasado? Y esto dijo por sacarle algo. Y él respondió, aunque parecía no tener muchas ganas de hablar: ¿Ha visto algo?. Díjole la monja: A lo menos no le daban licencia de poder levantar la Hostia ni aun consumir. Y respondió él: Es verdad, hija. Dios por su misericordia se ha querido manifestar a mi alma con grandísima gloria. Sea para que yo me aproveche de tan gran favor como hoy he recibido».

«Estando Fray Juan en el altar, la Madre Ana advierte un resplandor misterioso que sale del sagrario y envuelve al celebrante. La luz aumenta en intensidad a medida que adelanta el santo sacrificio. En el momento de la comunión observa la Priora que el rostro de Fray Juan resplandece, mientras sus ojos destilan unas lágrimas muy serenas. Acabada la misa, que ha durado más que de costumbre, Ana de San Albertova al confesionario de la sacristía, encuentra al Padre sentado en un sillón y le

pregunta: ¿Qué ha sido esto que tan larga ha sido esta misa? ¿Cuánto me habré detenido?, pregunta a su vez el Reformador. Para gozar bienes de cielo mucho tiempo es corto» replica Ana...

«Hija, es tanta la consolación que mi alma recibe, que no oso (me atrevo) a entrar a donde está muy recogido, porque parece no puede ya sufrir tanto mi flaco natural y me abstengo algunos días de decir misa porque temo me ha de acaecer algo de mucha nota. Ya le digo a este Señor me ensanche mi natural o me saque de esta vida, mas que no sea teniendo cargo de almas».

(Vida de S. Juan de la Cruz por Crisógono de Jesús, c. 17).

«Un día celebra Fray Juan el santo sacrificio (en Baeza). Asiste la Madre Peñuela (Una santa mujer, seglar, su confesada). Llegado el momento de la comunión del celebrante, Fray Juan, sumido al *sanguis*, se queda absorto con el cáliz en la mano. Cuando vuelve en sí, perdida ya la noción del tiempo y de lo que ha hecho, recoge los corporales y se retira del altar, dando por terminada la misa. Al ir a la sacristía, la Madre Peñuela, que está al paso le coge disimuladamente de la casulla y le dice: “¿Quién ha de acabar esta misa? Vengan los Angeles a acabarla”. Y es necesario que un

Padre le acompañe al altar y vaya diciéndole lo que le falta del santo sacrificio, porque Fray Juan continúa aún, aunque con menos fuerza, absorto durante un rato». (id. cap. 12)

57. – *Beato Buenaventura de Barcelona, franciscano. (1620-1684).* Estando en Italia, en Capránica (¿en 1675?), «la Sagrada Hostia se escapa de las manos del sacerdote para ir a la boca de Fray Buenaventura».

(*Año Ibero Americano*, 11 de Septiembre).

58. – *San Felipe Neri. Fundador del Oratorio. (1515-1595).* Muy extraordinaria su vida y el apostolado del confesionario. «Fue grande la devoción que tenía con el santo sacrificio de la misa, y singulares los favores del cielo que en ella recibió, con perpetuos éxtasis y arroba-mientos y ardores de amor divino. Muchas veces era menester pararse en el altar un rato para reparar las fuerzas que el exceso de su amor le había quitado».

«Viéndose precisado a celebrar el santo sacrificio en una capilla interior así por sus achaques como para dar rienda y mayor libertad a su tierna devoción. Tenía prevenido al ayudante que un poco antes de la comunión le de-

jase solo y volvióse una o dos horas después para acabar la misa. Cuando decía misa le vieron muchas veces levantado en el aire y rodeado de una nube resplandeciente.

«Acabando un día de decir misa, y sintiéndose inflamado de un extraordinario deseo de amar más y más a Dios, se lo pedía con fervorosas instancias al Espíritu Santo, como principio y fin de divino amor, cuando sintió de repente que no cabiéndole el corazón en el pecho, rompió con estruendo dos costillas que se separaron hacia los dos lados para hacerle más lugar y para darle mayor dilatación. Vivió cincuenta años después de este favor». Formaba al exterior un bulto como un puño.

(*Leyenda de Oro, Año Cristiano*, 26 de mayo y *Vida por P. Conciencia*).

59. – *La Venerable Ana de San Agustín, Carmelita Descalza. (1555-1624)*. «Un día de precepto encontró a una pobre mujer tan falta de ropa, que, entrándose en una iglesia, se despojó de parte de la suya, dándosela a ella para que cubriera su desnudez. Al entretenerse en este acto caritativo, no llegó a misa llenándose de escrúpulo por haber faltado al precepto de oír la misa. Estaba en esa angustia y le avisa el sacristán que acaba de llegar un Padre Agustino que se dispone a decir misa, llenándole de

alegría. Oye la misa y el celebrante, quitándose las vestiduras sagradas, desaparece. Satisfecha se retira a su casa y por la noche se le aparece San Agustín diciéndola que por aquel acto de caridad que había ejercitado vistiendo al desnudo, le había enviado el Señor para que dijera la misa y la oyera.»

(*Año cristiano carmelitano*, 12 de Diciembre).

60. – *Francisco de Jesús y su misa de Navidad. (1529-1601)*. El Padre Francisco de Jesús, Venerable Carmelita Descalzo, –que por humildad se denominaba siempre a sí mismo el Indigno– sobresalió de modo muy extraordinario por su adoración y culto al Santísimo Sacramento, ya antes de ser religioso, enseñado y alentado por el Santo Juan de Avila, su Maestro espiritual. Movido o más bien arrebatado de ella, un día «al entrar en el coro ignorando que estaba el Santísimo expuesto, se fijó en el Santísimo Sacramento dándole tal ímpetu que diciendo: “*ahí estabas y no lo sabía Francisco*” incontinentemente se arrojó del coro alto llegando volando hasta el altar, (sin hacerse daño ninguno) al cual se abrazó diciendo mil lindizas al Santísimo Sacramento».

Una noche de Navidad, terminados de cantar los Maitines en 1589, salieron del coro este Padre Francisco de Jesús y el Venerable Her-

mano Francisco del Niño Jesús y se fueron a decir las tres misas a un oratorio para que, sin presencia de los demás, pudieran dar más larga rienda a sus fervores. Hallábase el Venerable Padre Domingo de Jesús María (Ruzola, extraordinario por sus éxtasis y visiones y virtudes), muy malo, y no pudiendo decir misa, pidió le dejasen oír la de aquel día y lleváronle en su pobre camilla al oratorio. Celebraba las misas el Venerable Indigno; ayudábalas el Hermano Francisco, y llegando a la consagración de la primera, vieron todos tres en las manos del celebrante un hermosísimo Niño, tan lindo y tan gracioso, que obscurecer al sol sus resplandores era la menor de sus gracias. Regalóles con su vista las almas, y con su hermosura robóles los corazones, y poniéndose todos por escabel de sus plantas, llamaban a las criaturas para que repitiesen a coro: «Venid y alegrémonos con el Señor recién nacido; regocijémonos con Dios Redentor nuestro; mirad que cara a cara le vemos. Prevengamos su rostro con la confesión de su divina omnipotencia, y con los trenos de una contrición amarga y los salmos de una caridad sabrosa; con El devotamente nos alegremos».

Duró tanto tiempo este favor, que habiendo comenzado la primera misa a las dos de la noche, eran ya las diez del día y aun no habían acabado la tercera, con que casi ocho horas

duró la merced, tiempo brevísimo para quien tanto gozaba.

(*Reforma de los Descalzos*, t. III, l. XI, cap. XIX, n. 7).

61. – *Venerable Francisco de Jesús, Carmelita (1529-1601)*. Con la muy extraordinaria devoción que sentía por el Santísimo, se esmeraba en solemnizar la fiesta y procesión del día del *Corpus* y que todos la solemnizasen con grande devoción, alegría y veneración, sin permitir ninguna irreverencia al Señor. Dios quiso mostrarle cuánto le agradaba su esfuerzo y su celo por tanto esplendor y amor apareciéndosele un día en la misma procesión en forma de Niño algo grandecito, como él mismo testificó. Esto le llenó de tanta alegría, que en la procesión fue saltando hasta las andas donde llevaban el Santísimo diciendo: *A la gala del Señor, que voy preso por su amor*. Y la gente le abrió paso al ver el resplandor divino que le envolvía y que procedía de la Santa Hostia.

También quiso Dios hacer visible el amor que le había tenido en la Eucaristía y su culto y reverencia cuando, diciéndole la misa funeral, al elevar el sacerdote la Hostia y el Cáliz, después de la consagración, el cadáver levantó de momento la cabeza, para adorar el Santísimo Sacramento y recobró el sentido hasta el Pater Noster.

(Año Cristiano Carmelitano, 10 de Junio; *Reforma de los Descalzos*, t.III, l. XI, cap. XII y XX).

62. – *El Dios Niño en la Hostia Santa*. En Moncada, ciudad de la provincia de Valencia, había un sacerdote muy escrupuloso, y tenía la obsesión de que no había sido ordenado, pensando presentarse al Señor Obispo para que subsanara su ordenación.

En la noche de Navidad celebró las tres misas y asistió a oírlas una mujer sencilla y buena del campo acompañada de su niña de cinco años. Después de la consagración, vio la niña en la sagrada Forma un Niño bellísimo y exclamó: «Oh, madre, qué Niño tan hermoso que veo. ¡Oh qué hermoso es! ¡Mírelo, qué bello es!»

La madre no veía nada. La niña lo estuvo viendo hasta que el sacerdote sumió la Hostia. Lo mismo volvió a ver durante la segunda y tercera misa.

Enterado el párroco se informó detalladamente de la niña. que se lo relató con sencillez de niña.

El sacerdote escrupuloso, no satisfecho aún, quiso hacer prueba. Oye otra misa la madre y la hija, y la niña volvió a ver al Divino Niño. El sacerdote aún no quedó tranquilo del

todo, celebró otra misa con dos formas grandes, consagrando una y otra no. Preguntó a la niña si veía al Divino Niño, y le señaló le veía en una, la consagrada, y en la otra no, la no consagrada. Con lo cual ya el sacerdote se aquietó de su duda por completo. Así es la misericordia de Dios con nosotros.

(*P. Zacarías de Llorens, Flores Eucarísticas*).

63. – *San Francisco Javier, Jesuita, Patrono de las Misiones. (1497-1552)*. Tan renombrado como es «en ninguna cosa se esmeró más que cuando decía misa; porque entonces parece que soltaba la rienda a su fervoroso espíritu y a las lágrimas que derramaba, especialmente cuando consagraba y consumía el Cuerpo del Señor, que eran tantas y tan suaves que los que le servían a la misa y los circunstantes quedaban atónitos y movidos a toda devoción. Solía dar la comunión hincado de rodillas para mayor reverencia, y fue visto algunas veces, levantado de tierra en aquella postura y como sustentado en el aire por divina virtud».

(*Leyenda de Oro*, 3-XII).

64. – *San Lorenzo de Brindis, Capuchino. (1559-1619)*. El Conde de Vizconti, caballero milanés que servía en el ejército del Duque de

Baviera, con grado de Coronel, ayudándole una noche la misa en Munich, el año 1611, antes de acompañarle a la misión que hizo en varias provincias de Alemania, le vio extático y fuera de sí, levantado de la tierra más de un codo, el cual rapto le duró por espacio de hora y media, como él mismo lo refirió después al serenísimo Duque. Otro milagro sucedía cada día en la misa del siervo de Dios, porque padeciendo del dolor de gota, y teniéndole esta enfermedad inmóvil, deseaba no obstante, celebrar la santa misa, y se hacía, a este fin, llevar en brazos al altar. Al empezar a revestirse mejoraba, y al empezar el santo sacrificio quedaba sano, continuando la misa sin dolor alguno, y concluída la misa, y quitado los ornamentos, quedaba como antes, imposibilitado y lleno de dolores.

(*Leyenda de Oro*, 7 de Julio).

65. — *San Francisco de Sales, Obispo*. (1567-1622). Bien conocido es el mansísimo San Francisco de Sales por su benignidad y su celo en convertir los calvinistas y enfervorizar las almas con sus escritos.

«Una noche, víspera del *Corpus*, meditando en este soberano misterio, se sintió tan arrebatado de las dulzuras divinas, que no pudiendo su corazón sufrir la abundancia de los con-

suelos, cayó en tierra, y dando vueltas en ella, como quien se anegaba en un mar de divinas suavidades, clamaba a Dios y le decía: Domine, contine undas gratiae tuae quas sustinere non possum. (Detén, Señor, las olas de tu gracia, porque no puedo contenerlas).

Dijo aquel día misa y predicó tan embriagado del divino amor, que, sin poder disimular, se conocía bien haber entrado en la bodega de los vinos del Esposo, porque sus palabras salían abrasadas de su boca».

En otra ocasión, «al hincarse de rodillas para recibir la sagrada comunión, y principalmente al entrar la sagrada Forma en su boca, vieron todos los presentes su cabeza coronada con una diadema de rayos clarísimos». Era Jueves Santo y le daba la Comunión el arzobispo de Bourges.

(*Leyenda de Oro*, 29 de Enero).

66. – *San Miguel de los Santos, Trinitario. (1591-1625)*. Fue desde niño extraordinariamente santo. Ya mayor, eran frecuentísimos sus arrobos en todas las partes y en todos los actos: predicando, diciendo misa, en la oración y rezo y siempre que estaba expuesto el Santísimo Sacramento y le adoraba. Quedaba con los brazos bien levantados en cruz, menos aquellas veces que le venía el éxtasis cuando

estaba con el cáliz en las manos... Cuando estaba en la iglesia arrobado, siempre tenía el rostro vuelto hacia el Santísimo Sacramento... Fray Bonifacio de Santa María, ayudando en varias ocasiones a misa al santo, le vio tres veces arrobado en el aire... La altura de los pies al suelo era de una media vara. (*Leyenda de Oro*, 5 de Julio).

Desde muy niño había manifestado una devoción ardentísima al Santísimo Sacramento, devoción que hizo el carácter de este santo en toda su preciosa vida y que en el discurso de ella se fue aumentando de manera que llegó a ser un milagro. Preparábase cuando corista para recibir la sagrada comunión con duplicados ayunos y penitencias, y después que la recibía, eran tan extraordinarios los afectos de su alma, que unas veces se quedaba extático por muchas horas y otras permanecía de rodillas en un rincón todo el día, sin acordarse ni aun de tomar el preciso sustento. Crecieron prodigiosamente estos efectos admirables después de ser sacerdote. Apenas consagraba la sagrada Hostia, cuando inmediatamente se advertía transfigurarse este siervo de Dios en un serafín abrasado. Encendíasele el rostro y se le bañaba de una extraordinaria alegría; todos sus miembros quedaban embargados; suspendíansele las operaciones de sus sentidos y quedaba última-

mente transportado en un dulcísimo deliquio con que su amor se desahogaba. Algunas veces se le vio bañado el rostro de un resplandor celestial que esclarecía también las sagradas vestiduras, y no se disipaba hasta tanto que consumía la sagrada Hostia.

En estas obras maravillosas de la bondad divina, recibía el siervo de Dios favores y regalos de tan superior orden, que le obligaban a tardar en la celebración de sacrificio más de dos horas... Pero Dios hacía que los que asistían a su misa, lejos de experimentar tedio por su tardanza, se enfervorizaban más y probasen gusto.»

(Año Cristiano, 5 de Julio).

67. – *Juan de Jesús María (Robles) (1560-1644).* Muchas ansias sentía el Padre Juan de Jesús María, Carmelita, de ir a ver a Dios. El mismo escribe: «Muy mucho deseaba mi alma ver a Dios al descubierto y gozar de su divina presencia, y como esto no pudiera alcanzarlo sino muriendo primero, de aquí es que con grandes deseos deseaba morirme para conseguir este fin y amarle y gozarle. Y digo de verdad que, cuando no siento en mí deseos, me da pena y grandes temores de que no amo a Dios porque digo que ¿cómo es posible que yo ame a Dios de veras y que no esté con grandes ansias de morirme por verle?»

Estando celebrando la misa con su gran fervor acostumbrado, oyó distintivamente después del segundo *Memento* estas palabras: «¿Quieres que quite el velo?» A lo que respondió: «No, Señor, si no es que haya de ser para siempre; porque yo, mi Dios, conozco cómo estáis aquí. ¿Pues qué más quiero yo para esta vida?».

(*Año Cristiano Carmelitano*, 10 de Abril).

68. – *Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, fundadora de Adoratrices.* (1809-1865). «Año 1859. Estando una vez en oración recogida, sentí una sed interior del alma que me abrasaba el corazón en ansias de amar a Dios. A las doce, con pena, me fui a recoger; a la mañana, en despertando, sentí la misma sed, si cabe en aumento; me fui a la oración, y al empezar la misa, como yo me metiese en el sagrario, como de costumbre, para acompañar a mi Amado, vi con los ojos del alma, convertido el sagrario en un pozo lindísimo y profundo, en el que pensé saciar mi ardiente sed: bajaban dos cadenas como de esmalte verde la de la izquierda y la de la derecha de color como sangre y fuego que brillaba o lucía; en el fondo del pozo había un agua como azogue de plata muy brillante y siempre en movimiento, y subía al borde para poder yo

beber, que con ansia lo esperaba, y al llegar mis labios al pozo, había una Forma y un corazón en ella, y en este momento me trae el sacerdote la sagrada comunión. Recibí al Señor con extraordinario consuelo, y ya apagada la sed, y más en mí, pregunté al Señor qué significado tenía aquel pozo y mi sed. La sed es la que a Mí me devora por la salvación de las almas y tú la tienes de mi amor, que para saciarte, está el pozo que soy Yo; si bajas por la cadena verde, que es la esperanza, hallarás un agua en el fondo, que es mi gracia, siempre en movimiento, y sube por la cadena del amor que con mi sangre y el fuego de mi pecho la formo, para que por ella llegues a recibir mi corazón que se halla en el centro del agua de mi gracia, único que Yo puse en tu alma y que solo puede saciar.

(Memorias autobiográficas).

CAPÍTULO XI

HECHOS MARAVILLOSOS DE LA EUCARISTIA EN LAS ALMAS POR LA COMUNION

69. – *San Menas* (-552). San Menas fue Patriarca de Constantinopla. En su tiempo, sucedió el siguiente milagro. «Había en aquella iglesia la antigua costumbre de que las partículas que quedaban de la sagrada Eucaristía después de haberla distribuido a los fieles, se daban a los niños de corta edad para que participaran del Pan de los Angeles. Cierta día, se mezcló con los niños cristianos otro niño judío y comió con ellos de las sagradas partículas. Al llegar a su casa contó el caso a su padre, que era vidriero, el cual, encendido en furiosa cólera, tomó a la inocente criatura y le arrojó dentro del horno encendido. La madre, que ignoraba lo que había pasado, viendo que su hijo no parecía a la hora acostumbrada, empezó a buscarle por toda la ciudad con lágrimas y so-

llozos. Al tercero día estaba la madre inconsolable, y en ocasión que pasaba por delante del horno, dando terribles gritos de desconsuelo, oyó la voz de su hijo que desde dentro de las llamas la llamaba; se asomó y vio al que lloraba perdido, alegre e intacto en medio del fuego. Habiéndole preguntado cómo o porqué virtud permanecía sin lesión entre las llamas, contestó el niño que desde que había entrado en el horno, tenía a su lado una noble matrona que apartaba las ascuas de su alrededor, apagaba con su aliento el ardor del fuego, y le daba de comer cuando tenía hambre. Al momento corrió por toda la ciudad la fama del portento, y habiendo llegado a noticia de Justiniano hizo instruir a la madre y al niño por San Menas, que después les administró el bautismo».

(Leyenda de Oro, 25 de VIII).

70. – *San Ambrosio. (340-397). Sana un enfermo.* «Había un hombre llamado Nicecio muy atormentado y fatigado de dolor de los pies, y a esta causa pocas veces salía en público. Fue un día a la iglesia a recibir el santo Sacramento del altar de mano de San Ambrosio, el cual, sin mirar lo que hacía, le pisó el pie de manera que Nicecio sintió grave dolor y dio un grito. Volvióse a él el santo Prelado y díjole: “Vete, que no tendrás de aquí adelante más

dolor". Y así fue, como él mismo lo testificó con muchas lágrimas cuando murió el santo Prelado».

(Leyenda de Oro, 7-XII).

71. — *San Ramón Nonato y su Viático. (1204-1240).* «Yendo a Cardona San Ramón Nonato para despedirse del Vizconde, familiar suyo próximo, cuando el Papa le mandó ir a Roma, siendo Cardenal, al tercer día de estar en palacio le dio una gravísima enfermedad, y conociendo que se acercaba su muerte, hizo llamar a algunos religiosos del convento de Barcelona para morir entre sus hermanos. Pidió el Sacramento de la Eucaristía por viático, y deteniéndose mucho el sacerdote que se le había de traer, por providencia de Dios, que quería honrarle con un singular favor, viendo el Santo que daba prisa su enfermedad, pidió al Señor que no le desamparase ni negase aquel consuelo y luego entró por la puerta de la pieza donde estaba enfermo una procesión de Angeles vestidos con el hábito de la Merced, (el Santo era mercedario) con velas blancas en la mano, y detrás un varón venerable, que se creyó había sido Cristo, con ornamentos sacerdotales y la custodia del Santísimo en la mano. En viendo la procesión el varón de Dios se arrojó de la cama, y puesto a los pies

de aquel eterno sacerdote según el orden de Melquisedec, recibió de su mano su mismo Cuerpo con grandísima devoción y dulzura. Solamente San Ramón mereció gozar de esta maravillosa visión; los demás vieron su grande claridad que cegaba sus ojos para no ver a los Angeles ni al santo Cardenal, hasta que al salir la procesión los vieron por las espaldas caminar hacia un río que estaba cerca y pasar sobre el agua sin haber barca ni puente y luego desapareció. Volvió el Santo a la cama y levantando los ojos y las manos al cielo con mucha devoción y voz clara dijo: "In manus tuas commendo spiritum meum" y luego entregó su espíritu».

(*Leyenda de Oro*, 31 de VIII).

72. – *Santa Margarita de Hungría.* (1242-1270). Santa Margarita, hija del Rey Bola, de Hungría, «celebraba el día de la comunión ayunando a pan y agua y velando toda la noche. Era tanta la devoción con que recibía al Señor, que algunas veces quedaba arrobada y fuera de sí, y a ratos levantada del suelo milagrosamente. Aquel día toda se recogía en oración y silencio hasta la noche que se desayunaba con alguna ceremonia de comida. Después de haber comulgado, cuando no estaba arrobada, acudía a tener la toalla delante de

las otras religiosas por estar más cerca del Sacramento y ver muchas veces el Santísimo Cuerpo de Jesucristo, único Esposo de su alma».

(*Leyenda de Oro*, 28 de Enero).

(Nota curiosa). Es en esta vida donde encuentro la fecha más antigua de: «Esta fue la perfección de los antiguos: Amar a Dios, despreñarse a sí mismo, no despreciar a nadie ni juzgarle». A esto se ha añadido la frase que completa la sentencia de perfección: «Despreciar el ser despreciado». Se la dijo un predicador y que Dios se la había mostrado en sueños al predicador. Después, la han repetido otros Santos con frecuencia. Entre otros el Beato Pedro de Luxemburgo, 1377, San Felipe Neri, 1595, y muchos más.

73. – *San Franco de Sena, Carmelita.* (1211-1291). San Franco de Sena, gran pecador arrepentido y convertido en gran penitente y contemplativo, se encontraba muy contristado temiendo no se le hubiesen aun perdonado sus pecados de la vida pasada y, además, porque se le apareció Jesús muy llagado y le dijo: «Mira, Franco, lo mucho que padecí por los hombres y lo mal que me lo agradecen». Jesús quiso consolarle y «un día infra octava del

Corpus, se disponía para comulgar, mas su confesor le dijo que lo hiciera espiritualmente. Sin réplica obedeció, pero estando ayudando a misa, al partir el sacerdote la Hostia, salta una parte y se pone en la boca de Franco, dejándolo muy lleno de consuelo y confianza». (*Año Cristiano Carmelitano*, 11-XI).

74. – *Santa Margarita de Cortona*. (1247-1297). «En el momento de la comunión eucarística era cuando el Esposo la hablaba más familiarmente, la favorecía con los más dulces éxtasis, la enriquecía con los dones más preciosos».

Decía: «donde estáis Vos está el paraíso». «El 25 de Marzo (1288), al acabar de comulgar, vio descender del cielo una cruz luminosa, sobre la cual extendió los brazos para ser crucificada. Mas, ¿dónde están, dijo entre sí, los clavos que han de sujetarme?». Apenas formuló en lo más íntimo de su ser esta pregunta, cuando se le apareció el Esposo celestial con corona de espinas en la cabeza, atravesados los pies y las manos con clavos como estuvo en el Gólgota. Esta vista sumergió el corazón de Margarita en tanto dolor y compasión, que la hizo exclamar: «¡Ah, Señor, sea yo crucificada con Vos». «Sí, respondió el Divino Maestro, padecerás martirio Conmigo. Es preciso que tu

alma sea purificada en el crisol de las tribulaciones, como el oro por la acción del fuego; mas, no tu cuerpo, sino *tu corazón es el que será crucificado*». Luego, mostrándola en espíritu una pobre y miserable habitación en la explanada de la ciudadela de Cortona, y añadiendo que se encerrase en ella, se retiró de su vista, no sin dejarle traspasado el corazón con una de aquellas flechas abrasadas, que alegran y apenan a la vez al alma enamorada de Dios».

(*Vida por el P. Leopoldo Cherance. Cpl. XIII*).

75. – *Santa Juliana de Falconeri, Servita. (1270-1340), recibe la comunión sin administrársela el sacerdote.* Toda su vida fue muy santa. Recibió el velo de las mantellatas de mano de San Felipe Benicio, servita. Ya en su avanzada edad, lo que más le afligía en su última enfermedad, era no poder recibir la sagrada comunión, por sus continuos vómitos. Sin embargo, la llevaron a su celda el Santísimo como viático, «y estando en ella desapareció repentinamente de las manos del sacerdote, encontrándose después de su muerte esculpida al lado siniestro de su pecho la figura del Redentor sacramentado, por cuyo prodigio se juzgó que Cristo había milagrosamente satisfecho en aquella agonía sus ardientes deseos».

(*Leyenda de Oro 20-VI*).

76. – *Beata Imelda Lambertini Galuzzi. Su primera y última comunión (1320-1333).* Una vida y una acción bien excepcional fue la de la Beata Imelda para Dios en la Eucaristía y la de Jesús Eucaristía con la Beata Imelda. Merece para edificación de todos y para alabanza de Dios, ponerlo un poco más detallado que los demás prodigios eucarísticos del Señor: Muy niña aun, tenía 10 años, decía: «Mamá, tengo algo que decirte. Nuestro Señor Jesucristo me llama. La doncella, Irene, me ha dicho que cerca de aquí hay un monasterio de Religiosas Dominicas; déjame ir con ellas; allí estaré con el Divino Jesús Sacramentado.

Había nacido en Bologna (Italia). Su padre, el Conde Egaño, la llevó pensando enseguida pediría volver a casa. La niña le dijo: «no pienses en mi regreso todavía». Y a la Superiora: «He venido a servir a Dios Nuestro Señor como vosotras. Dadme un hábito.» Y oraba a Dios diciendo: «Ten la bondad de consolar a mis padres. Tu Hijo me ha pedido dejarlos, pero no puedo estar contenta si sé que ellos están tristes». A los 12 años dice a la Superiora: «Necesito vuestro consejo. Quiero recibir la gracia de que se me permita recibir el sacramento de la Santísima Comunión, aunque no haya cumplido aún los 14 años. ¿Puedo suplicarlo a vuestro Padre Confesor?». –«Por mí, le

respondió, no hay inconveniente, pero me temo que no se te concederá. Deberás esperar. La paciencia agrada a Dios».

Imelda se fue al confesor y le pidió: «Padre, permitidme recibir la Sagrada Comunión. Algo me exige desde el fondo de mi corazón que comulgue». —El sacerdote le dijo: «Hija, cómo quisiera complacerte. Es conmovedor tu deseo por recibir a Nuestro Señor Jesucristo; pocos seres he conocido tan ansiosos como tú; pero, ¿qué quieres que haga yo? Actualmente, se exige que nadie comulgue antes de los 14 años. Tendrás que esperar. Verás cómo Dios te dará fuerzas o te aliviará de algún modo».

Al día siguiente, llegó ante el señor Capellán y le dijo: «Padre, mañana es la solemnísimas festividad de la Ascensión del Señor. Quiero que me permita comulgar en este día antes que el Señor venga por mi alma para llevarla adonde está El». Esa noche, cuando hacía sus oraciones, oyó en lo interior que Dios le decía: «No te rindas. Si ellos no te dejan llegar a Mí, seré Yo quien te asista». El 12 de Mayo de 1333, día de la Ascensión, después de dar la comunión a las religiosas en la misa, cuando el Capellán se volvió para guardar el copón con las Sagradas Formas, vio cómo una Hostia, que salía del copón, se elevaba en el aire. Todos la veían y cómo flotando en el aire se detuvo sobre la cabeza de la niña. Imelda la con-